

sus escritos e ideas de forma habitual. La obra periodística de Benjumea es inconmensurable y difícilmente accesible. El trabajo del biógrafo resulta impresionante, pues ha leído y estudiado prácticamente todo lo que el sevillano logró escribir en la prensa de la época. Creó periódicos como *Cádiz* y revistas como *La Ilustración de la Mujer*, en donde desplegaría su pensamiento profeminista, destacándose como un decidido y pionero defensor de los derechos de las mujeres. Sus prolongados periodos de residencia en Inglaterra lo convirtieron en un buen conocedor de la cultura inglesa, constituyéndose sus artículos y reportajes en *El Museo Universal* en un puente de comparación entre ambos países y en un estímulo modernizador para sus lectores. Desde Londres contempla con objetiva admiración el país que lo acoge, considerándolo un modelo y estímulo para el progreso de la vida española.

A falta de documentación biográfica o de testimonios directos de determinados periodos de la vida de Benjumea, el biógrafo ha utilizado la obra periodística como documentación auto/biográfica, sin ignorar el peligro interpretativo que corría y los errores en que podía incurrir al concederle valor confesional a la voz periodística que habla en los artículos de prensa. Entre las desgracias documentales, el biógrafo lamenta la pérdida del que fuera su archivo personal, que se produciría a la muerte de Benjumea en Barcelona. Por el contrario, se felicita del valor testimonial y de la excepción que constituye el epistolario que mantuvo con su amigo Narciso Campillo, que provee al biógrafo de una importante información íntima y privada del personaje biografiado. Sin embargo, las carencias documentales no han impedido al biógrafo dibujar con precisión la figura humana, intelectual y política del biografiado, al que considera, además de un cervantista apasionado, como ya se ha dicho, un hombre comprometido con la tarea modernizadora de España.

Según avanza en la biografía, al lector le va quedando claro que el sambenito de personaje estrambótico y hasta retrógrado con que algunos cervantistas han sancionado la figura de Benjumea no se compadece en absoluto con su verdadera personalidad. Benjumea fue un liberal progresista, masón, empresario profesional y activo militante del Partido Demócrata, con el que no coincidía en todos sus principios, en particular disenta con respecto al régimen republicano que el partido auspiciaba para España. En relación con esto, Benjumea mantiene la defensa de la «monarquía constitucional», que considera idónea para España y defiende con argumentos que pareciera que hubieran reciclado nuestros políticos más responsables en la transición. Para Benjumea, en pleno fragor revolucionario septembrino, la forma del régimen monárquico que él defiende sería la más adecuada para el «ingenio político de la nación española», pues evitaría los dos extremos ideológicos más fanáticos del momento: los republicanos, a quienes repugna la monarquía de forma visceral, y los carlistas, a los que no les gusta la constitución democrática. Para Benjumea, no hay dudas: la presencia de un rey refuerza la unidad territorial del país, ya en aquellos años amenazada por los cantonalistas y los incipientes nacionalismos periféricos, y asegura la igualdad entre las distintas regiones. Un rey, dirá Benjumea, con poderes limitados y vigilados por la Constitución, de acuerdo con la cual debería regir los destinos de la nación, sería el régimen más adecuado. ¡Parece un alegato constitucionalista de hoy mismo!

González Cuenca concluye que su personaje fue «un intelectual honrado, laborioso, inteligente, culto y enamorado del progreso». Su dedicación apasionada a Cervantes y el *Quijote* le hizo desbarrar en ocasiones, abducido por la seductora Urganda y preso de sus propias obsesiones, pero no le impidió dejar unos comentarios llenos de agudeza y originalidad sobre el significado de la magna obra cervantina.